

Palabras del Excmo. Sr. D. Marcelino Oreja Aguirre

Me unía a Íñigo Cavero una muy vieja amistad. Le conocí cuando él era estudiante de Derecho en Deusto y yo alumno de los Jesuitas en Valladolid. Años más tarde coincidimos en muchas aventuras políticas desde los años de Tácito, a principios de los setenta, en la formación de UCD, luego en el Gobierno y en la oposición, y siempre en la Asociación Católica de Propagandistas — la Santa Casa — y en la Universidad San Pablo-CEU. Y por último, aquí en la Academia.

Los dos compartimos desde muy pronto una doble vocación académica y política, y a ellas me voy a referir.

Íñigo desde muy joven mostró un especial interés por la vida universitaria. Como miembro de la Comunidad académica puso de relieve su rigor y competencia en el análisis y en la explicación de la realidad proponiendo soluciones imaginativas, sin contentarse exclusivamente en los análisis descriptivos; y en su quehacer político buscó siempre el acuerdo, pero eso sí, sin renunciar nunca a sus principios y convicciones.

Y éste fue tal vez uno de los rasgos más característicos de su rica y variada personalidad. El respeto inquebrantable a unos valores éticos y morales por encima de circunstancias y conveniencias. Alguien capaz de vivir —digámoslo en palabras de Laín— humanamente, viviendo con seriedad el destino y la dignidad

de ser hombre, es decir, un constante buscar la realidad para —en la medida de lo posible— conocerla y poseerla.

Ser riguroso en los principios y convicciones no significa renunciar a encontrar en los demás, en amigos y en adversarios lo que pudiera haber de constructivo. Se mostró siempre abierto al diálogo, a la comprensión, al consenso, lo que le valió el aprecio y la consideración de políticos que militaban en otros espacios ideológicos pero a los que escuchaba con atención y respeto.

Mantuvo a lo largo de su vida una línea de pensamiento, que arrancaba del humanismo cristiano, cuyos principios siempre defendió y practicó. A lo largo de su vida política no cambió nunca de pensamiento, ni de orientación de su compromiso político, ya estuviera en el Gobierno o en la oposición. Con el mismo entusiasmo y convicción defendía sus ideales europeos, los principios de libertad y democracia, el pluralismo político, ya fuera en el Congreso del Movimiento Europeo de Munich en 1962, en pleno franquismo, en las reuniones del Grupo Tácito en los años finales del Régimen, o en sus responsabilidades públicas en los tres ministerios que ocupó, o en su cátedra universitaria en la Universidad San Pablo. Nunca se escondió y nunca dejó de dar testimonio de su ideología y de los ideales que le inspiraban.

Y hay algo que quiero destacar aquí y que es menos conocido de la personalidad de Íñigo. Su sentido de la dignidad, del equilibrio, de la responsabilidad lo ejecutó con idéntico talante cuando ejerció altas responsabilidades públicas y cuando en la desintegración de la UCD aceptó la Secretaría General del Partido en 1981, cuando muchos de sus militantes comenzaban a dejar el barco que irremediablemente se hundía.

Tengo muy presentes aquellos momentos, a raíz del pésimo resultado en las elecciones de Galicia, al que seguiría el de las andaluzas y el desastre de las Generales. Íñigo aguantó con gran dignidad aquellas situaciones y se quedó en el Partido como Secretario General, sabiendo los sinsabores que le esperaban y él fue quien liquidó las cuentas en 1983 y en definitiva el que apagó la luz de los locales de UCD, eso sí, después de pagar las deudas de su propio bolsillo.

A Íñigo le recuerdo siempre como un hombre esperanzado, que no es lo mismo que optimista, aunque muchos lo confundan. El esperanzado, no lo olvidemos, cree y piensa que el mundo no va bien por la fuerza de las cosas y que en consecuencia debe esperar, actuando.

Y para que las cosas vayan razonablemente bien, dos condiciones son necesarias: la previsión razonable del futuro y una conducta adecuada a esa razonabilidad. Esas fueron también las condiciones que puso siempre en práctica en su quehacer político. El examen atento y reflexivo de una situación y el trabajo constante para la consecución de un determinado propósito. A pocos hombres públicos he conocido con tanta capacidad de previsión y con tanta vocación persuasiva para convencer en la negociación, sabiendo distinguir las esencias de los accidentes. Porque en política una cosa es ser tenaz y otra ser obstinado. Y él supo siempre ser leal sin que eso signifique seguimiento mecánico e irreflexivo, y menos aún contrario a las ideas o los ideales en los que creía y a los que no renunció jamás.

Esto nos lleva a una dimensión de Íñigo que era inseparable de su personalidad: su condición de hombre de fe. La fe entendida como experiencia religiosa y paralelamente como confesión y compromiso.

Íñigo encontró en la Asociación Católica de Propagandistas el cauce más adecuado para llevar a cabo su vocación y su compromiso político católico.

En ese sentido:

— Íñigo fue testigo de la fe, defensor de los derechos de la Iglesia Católica en los campos jurídico, educativo y cultural y en cuantos ámbitos trabajó en su dilatada vida pública.

— Fue un hombre de generosidad admirable. Se hallaba siempre dispuesto a ayudar y servir. Y se propuso abrir horizontes y comprometerse en la búsqueda de proyectos en los que estuvieran en juego la comunidad de bienes, ideales y esperanzas fundamentales, buscando las bases de una ética universal, que pudieran compartir personas de diversas religiones y tradiciones éticas.

— Fue, en fin, un prototipo de cristiano en la vida pública.

Íñigo Cavero, que tenía tras de sí un poso ideológico y una preocupación intelectual fue, en suma, un gran profesional de la política, un servidor leal de la Corona, universitario de vocación, brillante conversador, consumado gastrónomo, melómano, culto, inteligente, respetuoso con todo el mundo, atento a la suerte y la preocupación de los demás, y por encima de todo un hombre cabal con un extraordinario sentido de solidaridad, de auto-exigencia, de rigor, de coherencia, seguro siempre de sus convicciones democráticas y de su compromiso ciudadano, rasgos todos ellos que puso de relieve en su vida pública, en sus aportaciones a la

construcción europea y en su brillante contribución al papel de la clase política en la España democrática, como expuso en su discurso de ingreso en esta Academia.

Y concluyo así este fugaz recorrido por algunos rasgos de Íñigo Cavero, que unía a su origen aristocrático un espíritu de entrega y servicio a sus semejantes y una preocupación constante, por la convivencia y por la libertad, albergue y reflejo de una acendrada civilidad, de una auténtica altura espiritual y un permanente respeto por el otro, incluso en circunstancias en las que es mayor el riesgo de perder la compostura, lo que a él no le ocurrió jamás.

Quiero decir, especialmente a Belén y a sus hijos, lo muchísimo que le echaremos de menos y yo en particular, porque la amistad —y él era uno de mis mejores amigos— es una de las más reconfortantes realidades que nos alumbra la vida.

Además, estoy convencido de la inmensa pérdida que su muerte representa para esta Academia, donde por desgracia convivió poco tiempo entre nosotros. Pero su recuerdo siempre estará vivo en esta casa y su memoria se tornará visible en nuestras reuniones y debates y nos ayudará a continuar en nuestras labores cotidianas con la ilusión que él ponía siempre en cuantas tareas emprendía.

Palabras del Excelentísimo Señor D. Miguel Herrero y Rodríguez de Miñón

Cuando la Ciudad honra a sus muertos, dice el orador clásico, se honra a sí misma. Tal ocurre con todas las exequias institucionales y también hoy, aquí. Al rendir homenaje a la memoria de nuestro compañero Íñigo Cavero, lo hacemos al talante propio de esta Academia.

¿Cómo puede ser ello cuando Cavero apenas nos acompañó algunos meses? ¿Cuando tan breve fue el tiempo transcurrido entre su ingreso en esta casa y su fallecimiento que, algo raro en nuestros anales, su nombre no figurará, aunque sí memoria de su ingreso, en Anuario alguno de esta Academia? A mi entender porque Íñigo Cavero era uno de los prototipos de académico de ciencias morales y políticas. Me explico.

Nuestra Academia, igual que su modelo francés, es una creación doctrinaria; esa corriente ideológica y social a cuyo estudioso auguraba Ortega «placeres del pensamiento no sospechados y una intuición de la realidad moral y política totalmente distintas de las usadas» y tan brillantemente analizada por nuestro compañero Luis Díez del Corral. Guizot, uno de los máximos exponentes del doctrinismo francés e impulsor de la Academia francesa «des sciences morales et politiques», consideraba que en ella debía tener asiento «las mejores capacidades culturales y sociales, intelectuales y prácticas. Ésta es, a juicio de la reciente historiografía, la más notable cualidad diferencial de las Academias de Ciencias Morales y Políticas de corte «doctrinario»: la doble cantera de donde pretenden extraer sus

valores; próceres del pensamiento y próceres de la vida, Cavero, sin duda perteneció a éstos, que en ellas intercambiaban su conocimiento y su experiencia.

Los doctrinarios creían en la superioridad moral de la razón, en su tiempo encarnada por una minoría, socialmente privilegiada y rectora de la cultura tanto como de la política, que encontraba en la Academia y en la Segunda Cámara su biotopo natural. Se trataba, ya en vísperas de la democratizadora rebelión de las masas, de uno de los últimos exponentes de aquello que Max Weber denominaba el gobierno de los *honorarios*. Esto es, de «aquellas personas que, en virtud de su situación económica, están en disposición de administrar y dirigir duraderamente una asociación como profesión accesoria no retribuida o por una retribución nominal o de honores... gozan de un aprecio social..., por confianza de sus conciudadanos y... pueden vivir para la política sin tener que vivir de ella».

Pues bien, Íñigo Cavero, pese a su antigua y permanente filiación democristiana y, dentro de ella, de lo que en su día se denominara un tanto retóricamente izquierda, era, no sé si consciente o preconscientemente, un doctrinario. Y no por ser como ellos convencido y decidido monárquico, ni por su actitud moderada y, a la vez, abierta al progreso, ni por su opción liberal. No por su doctrina, puesto que como señala Díez del Corral «los doctrinarios lo sean precisamente sin rigurosa doctrina», sino, sobre todo, porque, como fue propio de los doctrinarios, proyectó en la vida pública su condición de patricio.

En efecto, se entiende por patricio según el DRAE «el individuo que por su nacimiento, riqueza o virtudes descuella entre sus conciudadanos». Esa es, a mi entender, la más exacta definición que de Cavero puede darse y esa condición le trajo a esta casa que ahora, honrándole, se honra.

El aristócrata de nacimiento supo hacer de la cortesía un instrumento de acción política. Sus buenas maneras las empleó para ser un admirable componedor de posturas concordes y muñidor de consensos. Quienes convivimos con él en UCD sabemos que muchas de las más conflictivas e ineludibles medidas de aquella época, mientras estuvieron en sus manos, no provocaron polémica alguna. Ante ellas, Cavero quiso y supo ser permanente puente de entendimiento, no siempre bien utilizado, entre posiciones diversas que, sin compartir, era capaz de comprender y aunar, y eso mismo hicieron los doctrinarios franceses y pretendieron, a veces, con éxito regular, hacer después los doctrinarios españoles. Con la misma elegancia actuó más tarde, en escenarios políticos diferentes, tanto para integrar como para discrepar, sin nunca cortar las vías del entendimiento e, incluso, amparando posiciones discrepantes que, sin ser las suyas, sabía valorar. Personalmente soy testigo agradecido de ello. Pero esta capacidad de entender y provocar enten-

dimientos trascendía a las relaciones meramente personales. Se hundía en el propio pasado y alcanzaba o podía haber alcanzado relieves mucho más amplios. Nacido en San Sebastián, como gustaba recordar, en la casa de sus abuelos sita en la simbólica Avenida de la Libertad y avencindado en Navarra, muchos de sus rasgos y actitudes le asemejaban a aquellos fueristas-liberales tan próximos al moderantismo de estirpe doctrinaria cuyo ocaso marcó los orígenes de un pleito histórico aún sangrante.

Sus caudales, de los que fue un habilísimo administrador, le sirvieron para mantenerse independiente de cualquier prebendalismo alienante y comportarse con una generosidad sin par, de la que también dará cuenta la historia, aún por escribir, de la crisis de UCD.

En cuanto a sus virtudes públicas quiero destacar tres, especialmente significativas. Primero, el realismo que le hizo posibilista, pragmático, pactista y modesto también. Un temprano opositor al autoritarismo, de impecable trayectoria democrática, no tenía empacho en reconocer en público cómo la llamada oposición democrática de derechas «era tan fuerte que hubo de concurrir a las primeras elecciones en las listas del Secretario General del Movimiento». Pero esa misma actitud le permitió ser un activo permanente en la política española presente en ella durante un cuarto de siglo, con un balance positivo allí por donde fue. Un programa de construcciones escolares hasta entonces desconocido, como Ministro de Educación; labores discretas y eficaces de reforma legislativa, como Ministro de Justicia; el laborioso retorno del Guernica a España, como Ministro de Cultura; un ejemplar presidencia del Consejo de Estado en fin, son otros tantos hitos que marcan una carrera política sin alardes, con escasas polémicas y, sin embargo, llena de realidades.

Segundo, la coherencia. Nunca pretendió saltar fuera de su sombra ni aparentar algo más «políticamente correcto» o de moda. Pero prolongó su propia y auténtica sombra en ocho formaciones políticas diferentes dentro del mismo espectro político. Y una pizca de escepticismo político, que también Díez del Corral señala entre los doctrinarios, le hizo, además, evitar cualquier dogmatismo.

Tercero, su apasionada hasta rayar en lo ingenuo y más que desinteresada dedicación a la cosa pública, tanto en sus aspectos políticos como sociales, desde el Gobierno a la Universidad. Nunca necesitó tales cosas como medio de vida o trampolín en la escala social, pero se entregó a ella con una pasión desbordada en frenética actividad. Para mí, que me honré con la amistad de Cavero durante muchos años y que trabajé con él en la coincidencia y en la distancia, *en las Cortes y en la Administración había en su actitud un mucho de juego sublimado en*

honesto servicio. Pero ésta es, precisamente, la actitud patricia por excelencia *y que los doctrinarios cultivaron en su día: la entrega lúdica y fecunda a lo público*. Lo que se entiende por interés de la Ciudad.

¿Cómo compatibilizar tales rasgos un tanto aristocratizantes con una insoportable opción democrática? Porque el verdadero talante doctrinario suponía, y para Íñigo Cavero supuso, un compromiso, a la vez, ético y pragmático. Porque la ética exigente, cuando de la vida pública y más aún política se trata, es siempre una ética encarnada. Una exigencia a la que no fue ajeno, tampoco en el caso de Cavero, el motor religioso que Luis Díez del Corral señala en doctrinarios tan conspicuos como el calvinista Guizot, el romántico Constant, el católico ortodoxo de Broglie, o el filo jansenista Royer-Collard. Cavero siempre dejó testimonio de su condición de católico comprometido.

Los honoratarios doctrinarios se sentían obligados de servir a la comunidad porque se sabían dotados para ello, puesto que se creían poseedores de la razón. Pero, como dice Díez del Corral «no son los doctrinarios unos teóricos abstractos del Estado, pero tampoco meros políticos prácticos; su propósito es aunar los dos momentos ideal y real; en este sentido hay que entender lo que ellos llaman comprender». De ahí su flexibilidad y espíritu de apertura y generosa tolerancia, no tanto para sí como hacia quienes les eran ajenos, y tal fue, como he dicho antes, el rasgo más característico de Cavero a través de su larga vida pública. Pero una ética realista sabe que, a la altura de nuestro tiempo, la razón política, para ser moral, debe ser democrática. ¿Acaso no ha sido éste el planteamiento de muchos democristianos tanto en España como fuera de ella, hasta el punto de sugerir el análisis de la influencia del doctrinarismo en la génesis del catolicismo político y, a su través, de la democracia cristiana?

A mi entender, éste fue el caso de Íñigo Cavero, cuyo benévolo pragmatismo nunca le indujo a renunciar a sus principios, pero sí a no exigirlos a la clase política a la que perteneció, y de la que se sintió solidario aunque, como tal clase, poco tenía que ver con los honoratarios que describiera Weber y a los que pertenecía Cavero. Baste, para comprobarlo, recordar su discurso de ingreso en esta casa («La clase política de la España democrática», Madrid, 2002). Pero también en este extremo debe subrayarse que el talante abierto y tolerante que Cavero tuvo y que constituyó uno de sus mayores virtudes y atractivos, es propio del patricio. Quien por ser independientes es capaz de aceptar a los demás tal como son.

Virtudes semejantes son hoy raras y, por ello, es bueno recordarlas para que no descansen con quien en tan alto grado las poseyó.

Palabras del Excelentísimo Señor D. Salustiano del Campo Urbano

Todas las etapas terminan y también todas las vidas. Quiero con esto indicar que la pérdida de Íñigo Cavero no supone simplemente que ya no tenemos con nosotros a un académico sabio y afectuoso, un verdadero señor asequible a todos, que había destacado en la Ciencia Política y en la actividad política; que aunó en su persona la teoría y la praxis. Esa conjunción es precisamente la característica principal de nuestra Academia, donde se encuentran pensamiento y acción, donde conviven los mayores especialistas y estudiosos del saber político, social y económico y sus más notables ejercientes.

La significación de Íñigo Cavero abarca todas las cualidades necesarias para destacar tanto en el terreno del saber como en el de la acción, pero va mucho más lejos porque se inserta en un destacado grupo de contemporáneos, que no sé si se agrupan en una generación o en dos, o atraviesan varias. Fue un miembro destacado del heterogéneo colectivo de españoles que protagonizaron la transición política desde un régimen autoritario a otro plenamente democrático, constituyendo una asociación plural que muy pocos, por no decir nadie, hubiera predicho una década o incluso un lustro antes. En nuestra Academia hemos tenido y tenemos otros ejemplares de esa misma especie, cada uno con sus propias características y vidas diferentes y separadas, después de haber coincidido en aquella singular ocasión.

Ciertamente nadie vive la vida de otro y por eso es tan infrecuente que personalidades de tan distintas procedencias se unieran a la muerte de Franco y

supieran llevar a cabo justamente lo que España necesitaba y cumplirlo en paz. Después siguieron distintos caminos y al cabo nos hallamos en un tiempo en el que aquellos héroes civiles comienzan a desvanecerse en el recuerdo histórico. Muchos hace bastante que dejaron la política y algunos hasta desmerecieron luego de la gran misión que realizaron. Muy pocos, tal vez únicamente Íñigo Cavero, se mantuvieron activos en la primera línea de la política, aunque no en la misma formación. Murió en la vanguardia y, lo que es aún más extraordinario, rodeado de la admiración y el afecto general por su carácter y por sus virtudes.

Aunque le conocí brevemente en su época de Ministro de Educación y Ciencia, le traté cuando se aproximó a la Academia en la que había de ser la última fase de su existencia terrenal. A la hora de escoger el tema de su discurso fue consciente de que por haber participado en tan excepcional experiencia como fue la transición a la democracia, y haberlo hecho en tan diferentes asociaciones, le correspondía dejar un testimonio fehaciente para servicio de los ciudadanos españoles que venían detrás. Hizo, como todos sabemos, un escrupuloso recuento de la clase política española y atinó a completarlo con prudentes y valiosas reflexiones. Por desgracia, su muerte ha interrumpido la ampliación que tenía proyectada de su estudio de la clase política, ya desde dentro de la Academia a la que tanto le agradaba pertenecer.

Carecía, como a todos nos consta, de presunción y reuniendo muchas prendas nunca quiso deslumbrar con ninguna. Aún tengo muy presente la larga sobremesa mantenida mano a mano para preparar mi contestación a su discurso. Por no tener demasiado conocimiento de sus épocas de niñez, adolescencia y juventud, así como de otras particularidades suyas, y por considerar que informarse le hace a uno comprender mejor los perfiles biográficos de los nuevos académicos, hablamos largo y tendido y pude entonces apreciar la variedad de componentes que adornaban su personalidad. En relación con la monarquía me describió la estrecha relación de su familia con varios titulares sucesivos de la Corona y algunos de los servicios prestados a ella por antepasados suyos, como el Barón de Carondelet que luchó en el siglo XVIII en uno de los asedios a Gibraltar o el Duque de Bailén, que pasó desde la Comandancia del Campo de Gibraltar a mandar el ejército que primero derrotó a los invasores franceses. De este modo llegó hasta las vicisitudes de su fidelidad al Conde de Barcelona y a su participación en el llamado «contubernio» de Munich. Todo esto engastado en una total lealtad y también con un ático sentido de las realidades de la vida. Así me recitó el refrán que aprendió en su medio, que no me resisto a transcribir:

•Reyes, cómicos y gatos,
todos ingratos•

Pero su vida estuvo repleta de trabajos distinguidos que no mencioné en mi discurso de contestación al suyo de ingreso. Me refiero concretamente a sus actividades en el ámbito económico y empresarial. Fue Secretario General de Barreiros Diesel, S.A., más tarde Chrysler España, S.A. Hasta 1996 fue Presidente de Robert Bosch Hispania y otras importantes sociedades industriales y destacó mucho en el sector inmobiliario, habiendo contribuido a la elaboración del Libro Blanco sobre la Vivienda en España.

Hay en la Academia compañeros nuestros que pueden contar más y mejor que quien les habla del Íñigo Cavero político y profesor. En política perteneció siempre al sector democristiano, aunque cambiara de formación más de una vez, pero dejó una huella de buen hacer en los ministerios que desempeñó. Como Ministro de Educación y Ciencia creó 1.200.000 puestos en EGB. Duplicó el número de Institutos de Enseñanza Media y participó en la negociación de los Acuerdos concordatarios de enero de 1979 con la Iglesia Católica en materia educativa y cultural. Como Ministro de Justicia logró la aprobación por unanimidad de la Ley de Libertad Religiosa y puso en funcionamiento el primer modelo de Consejo del Poder Judicial. Como Ministro de Justicia gestionó con éxito la recuperación del «Guernica» de Picasso, puso en marcha la construcción del Auditorio de Música de Madrid, consiguió la disponibilidad del Palacio de Villahermosa, hoy Museo Thyssen, y concretó un convenio con la Iglesia Católica sobre inventario y protección de bienes.

Ejerció la docencia como Profesor Titular en la Universidad Complutense y fue más tarde como Catedrático de Derecho Político de la Universidad San Pablo-CEU, siendo Vicerrector en su Junta de Gobierno y Vicepresidente de su Patronato, así como también de su prestigioso Instituto de Estudios Europeos. Desde que lo conocí me admiró que alguien con su carga de obligaciones y su importante puesto de Presidente del Consejo de Estado siguiese dando sus clases, incluso después de su merecida jubilación.

Todo lo dicho hasta aquí palidece, sin embargo, ante el regalo de su amistad generosa y atenta, que todos reconocían y disfrutaban. Era una persona siempre disponible para los amigos, por los que hacía lo que podía e intentaba lo que no podía, sin fallarles nunca. Resulta difícil esta tarde, ante su familia y la comunidad de Académicos de Ciencias Morales y Políticas, esforzarse por hablar de este aspecto suyo que estoy seguro que la mayor parte de nosotros conoce por propia experiencia. Sírvanme, por eso, para terminar unos hermosos versos del poeta norteamericano Longfellow, que no me resisto a citar porque están infundidos de la esperanza cristiana que en tan alto grado poseía Íñigo:

·¡No hay muerte! Lo que lo parece es transición;
Esta vida de aliento mortal
No es más que un suburbio de la vida en el cielo,
A cuyo pórtico le llamamos muerte».